

AUGUSTO DEL NOCE, FILOSOFO DE LA MODERNIDAD *

A fines de 1989 (precisamente el 30 de diciembre), en aquellos días turbulentos en los que con un proceso sumario y con la ejecución de Ceausescu se consumaba el último acto de la disgregación del imperio comunista en Europa oriental, se extinguía en Roma Augusto Del Noce, un pensador iluminado pero muchas veces incomprendido; había sido por decenios el crítico más severo y agudo de aquel imperio y del sistema que lo regía (el marxismo) y del cual, en un ensayo memorable, en 1978, *Il suicidio della rivoluzione*, con intuición profética había predicho el derrumbe inevitable.

Esencialmente filósofo de la política y de la historia. Del Noce ha concentrado su atención y su reflexión en la época moderna, de la que ha buscado recoger más que los acontecimientos singulares la tesitura global, investigando los principios inspiradores de la modernidad, valiéndose para esto no sólo de los resortes de la razón sino del rico patrimonio de la tradición cristiana. Así Del Noce ha elaborado una *filosofía cristiana de la modernidad*.

La época moderna es la época de la secularización y del ateísmo pero también la época del progreso y de la revolución. Pero, como muestra Del Noce en muchas de sus obras (en particular *Il problema dell'ateismo* y *L'epoca della secolarizzazione*), progreso y revolución no están separadas de la secularización y del ateísmo, sino íntimamente unidas. Los éxitos negativos del progreso y de la revolución en efecto son debidos también y sobre todo a la visión renacentista que ha pretendido hacer del hombre un ser inocente, naturalmente bueno, sin pecado y sin tendencias malas, sabio, omnipotente y omnisciente, dueño absoluto de sí mismo, de la naturaleza y de la historia, borrando de la cultura, de la sociedad y de la conciencia toda huella de Dios.

Toda la genial reflexión de Del Noce sobre la modernidad tiene su inspiración en una concepción metafísica del hombre y de la historia.

A sus críticos, que le reprobaban que sus reflexiones sobre la modernidad, sobre el ateísmo, sobre la secularización, sobre la revolución, no sobrepasaban el plano del análisis histórico, el propio Del Noce replicaba que hay diversos modos de hacer metafísica: la metafísica abstracta, impersonal, que estudia la naturaleza dinámica, y la concreta, existencial, que estudia la historia.

"Pensar con referencia a la actualidad histórica (escribe Del Noce en una página luminosa de su *opus magnum*, su obra principal, *Il problema*

* Nacido en Pistoia el 11 de agosto de 1910, Augusto del Noce se doctoró en Filosofía en 1932. Fue "líbero docente" de Historia de la Filosofía en 1948. Inició su actividad académica en la Universidad de Trieste, enseñando Historia de la Filosofía Moderna y Contemporánea. Sucesivamente fue titular de Historia de las Doctrinas Políticas en la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad de Roma. Desde 1984 hasta 1987 fue senador nacional por la Democracia Cristiana. Sus numerosas obras abarcan desde el análisis del marxismo (*Marxismo e salto qualitativo*, 1948) y del ateísmo (*Il problema dell'ateismo*, 1964) hasta el de la revolución (*Il suicidio della rivoluzione*, 1978); desde el compromiso político de los católicos (*Il problema politico dei cattolici*, 1967) hasta el estudio del pensamiento de Giovanni Gentile, que culmina en una gran monografía de próxima aparición.

dell'ateismo) no es negar la eternidad de los problemas metafísicos, sino reconocerla en su verdadero sentido. Porque la exclusión del tema del progreso, tanto en su sentido cientificista como en el historicista, es ciertamente lo que caracteriza el pensamiento metafísico y fundamenta la distinción entre filosofía y ciencia; pero para que esta exclusión sea válida es preciso que se libere al pensamiento metafísico de esa inmovilización en fórmula que lo hace susceptible de aparecer como imagen alienada de una cierta situación histórica; es preciso que también para el pensamiento metafísico sea válido cierto concepto metafísico de progreso no expresable de otra manera que como 'explicitación de lo virtual'. La exclusión del progreso y del historicismo no puede tener otro sentido que el de que el problema metafísico es aquel que ningún otro puede resolver por mí y que por ello no se me presenta en términos siempre nuevos, en razón de la situación histórica. No tengo delante mío una suerte de elenco de problemas ya resueltos que puedan recogerse en un tratado; por el contrario, es en el proceso personal de soluciones del problema que reconozco en mi tesis la explicitación de una 'virtualidad' suya que la tesis metafísica se me hace 'evidente', liberándose de la siempre contingente forma que había asumido en sus formulaciones históricas. Más que motivado por un larvado rechazado de lo eterno, el reconocimiento de la situación histórica está motivado por la exigencia de no confundir lo eterno con el tiempo."

Del Noce tenía perfectamente razón. Lo que caracteriza a la metafísica es la audacia de volver las espaldas a este mundo, a salir de "la caverna" y de *ir más allá*, tomando conciencia de la caducidad, de la precariedad, de la temporalidad, de la inactualidad, de la contingencia, de la no-verdad de todo lo que nos circunda, para sumergirse en la verdad, en la absolutez, en la eternidad. "Sentir el mundo como limitado 'en todo' como ha escrito Wittgenstein: en esto consiste la metafísica (o la "mística" como prefiere llamarla Wittgenstein). A este principio se refirió Del Noce en su penetrante reflexión sobre la *actualidad histórica*. En esto reside la grandeza y la originalidad de su pensamiento.

Sus maestros principales en esta reflexión suya fueron Vico, San Agustín, Pascal y Gramsci. De Vico, Del Noce ha tomado el *interés por la historia* pero con una atención más acentuada por los problemas políticos y culturales. De Agustín ha aprendido la centralidad y la importancia decisiva que tiene el dogma del *pecado original* para el cristianismo y por ello para toda filosofía y teología cristiana y cómo el pecado original había sido el principal punto de la acusación que Agustín lanzara contra Pelagio, similarmente la exclusión del pecado original resulta para Del Noce el criterio para medir el alejamiento del pensamiento moderno del cristianismo y para denunciar las graves concesiones a la modernidad hechas por muchos teólogos católicos contemporáneos. También de Agustín ha absorbido una buena dosis de *contemptus mundi*. De Pascal ha aprendido la importancia del "pari", de la *apuesta*; del carácter de desafío que asume para el hombre la dimensión religiosa, lo trascendente, la sobrenatural. De Gramsci ha aprendido la lección sobre la *praxis* y en particular lo importante del compromiso político del hombre de cultura.

Filósofo cristiano de una sola pieza, agudamente perspicaz de las grandes potencialidades del pensamiento cristiano, la única forma de auténtico idea-

lismo y de verdadero realismo, que logra conjugar admirablemente la radical impotencia del hombre después de su caída con su efectiva liberación por obra de Dios (Jesucristo). Del Noce ha conducido su batalla, ardiente pero generalmente incomprendida, por dos frentes: el primero, vuelto a la exploración y la hipotética resurrección del pensamiento cristiano y de una filosofía católica; el segundo dedicado al diálogo con las corrientes mayores del espíritu moderno, sobre todo con el marxismo.

Como se ha dicho, el tema principal de la reflexión filosófica de Del Noce es la historia. Y su interés sin embargo no está vuelto —como en Vico Hegel y Croce— a la historia universal, sino a la historia moderna y contemporánea (a la *actualidad histórica*) vista más en su perfil político y religioso que en el filosófico.

En el análisis de la época moderna se vale de tres categorías fundamentales: racionalismo, revolución, secularización, que son indudablemente los tres rasgos distintivos principales de esta época.

En el *racionalismo*, al que acredita, como el P. Fabro, la génesis del ateísmo, Del Noce critica sobre todo la idea de *modernidad* como valor absoluto. Hace ver que la dogmatización de lo “moderno” tomado como valor absoluto, como criterio de verdad, por lo cual es verdadero, es bueno, es útil, es válido solamente lo que es moderno, conduce inevitablemente a la idolatría del progreso entendido como devenir irreversible e irrevocable, a la eliminación de la tradición, a la negación de los valores absolutos, a la relativización de todos los valores y genera el nihilismo y el hedonismo militante (que es la forma de ateísmo practicado en la sociedad opulenta del mundo occidental).

“De aquí —observa Del Noce— nace una consecuencia importantísima: que el nihilismo no puede por ello ser entendido como un vacío que espera algo que lo colme, y ni siquiera como una fase de transición porque es en realidad una conclusión. Ni consigue el *divertissement* elevado a la categoría de principio en el proceso de la liberación del hombre, a través de la continua novedad como liberación del hastío, novedad que no compromete porque tiene por contenido la simple negación. Un *divertissement* contra el cual obviamente no puede tener significado el *pari* de Pascal que presupone la existencia del infierno, hoy prácticamente abolido por el triunfo del laxismo en el catolicismo contemporáneo. La coincidencia del *divertissement* con el nihilismo hace abolir también la conciencia trágica” (*Tramonto o eclissi dei valori tradizionali?*).

La *revolución* permite a Del Noce trazar una clara y neta línea de demarcación entre la primera y la segunda modernidad. La primera vive aun en el surco de la tradición; por el contrario, la segunda que se inicia con la toma de la Bastilla (1789) se mueve bajo el ímpetu furioso de la revolución y de la ideología revolucionaria. Según Del Noce el aprecio positivo de la revolución constituye el punto de partida del pensamiento laico que ve en ella un gran evento cósmico que permitirá cancelar el *eón* presente, favoreciendo así el advenimiento de una realidad realmente nueva, de un mundo nuevo, de una nueva sociedad y permitiendo de este modo a la humanidad lograr finalmente la obtención de la plena felicidad.

“Sin embargo ha sucedido que tal punto de partida se ha convertido en un acto de fe, análogo a la fe en la Revelación de los pensadores medievales, con la diferencia de que el acto de fe de estos doctores se daba por tal, mientras que el de los intelectuales modernos se presenta como expresión del ‘espíritu crítico’ en línea de derecho pero no de hecho, sujeto por ello a una continua revisión” (“*Tramonto...*”).

De hecho más tarde la revolución ha fracasado miserablemente en sus ambiciosos objetivos y ha dado a luz todo género de monstruosidades. En el ensayo *Il suicidio della rivoluzione* (1978) con intuición profética Del Noce anticipaba el derrumbe del sistema marxista que más que cualquier otro había asumido el ideal revolucionario. Se trata, en efecto, de un sistema que quitando todo espacio a la trascendencia, a Dios, a la inmortalidad del alma, está en contradicción con las raíces y las aspiraciones más profundas de los hombres. Como ha escrito Luigi Saita en *Il Tempo*, “en un momento en que todas las fanfarrias políticas y filosóficas apostaban al primado y a la afirmación de las doctrinas marxistas, Del Noce fue de los pocos, si no el único, a entrever los riesgos y los peligros del totalitarismo que se cernía sobre el futuro del mundo y que se anunciaba bajo nombres y semblantes diversos (“eurocomunismo”, “compromiso histórico”, “vía italiana al marxismo”, etc.).

La categoría de la *secularización* no ha sido entendida por Del Noce como una simple *epojé* de Dios (es decir, como principio metodológico) sino como un real y efectivo alejamiento de Dios, alejamiento que desemboca finalmente en el ateísmo.

Del lucidísimo análisis desarrollado por Del Noce en *Il problema dell'ateismo* resulta que su raíz principal es la filosofía moderna: el ateísmo es hijo del racionalismo. Este, negando el pecado original y afirmando la absoluta autonomía de la razón, ha puesto las premisas del ateísmo de Feuerbach, Marx, Engels, Comte, Nietzsche, Freud, etc. Pero —observa Del Noce— la expansión mundial del ateísmo no se debe a razones filosóficas sino políticas y culturales. Se ha dado al amparo del ateísmo político y militante del marxismo.

También Del Noce desenmascara la naturaleza profundamente totalitaria e inhumana del ateísmo. “Ateísmo y totalitarismo —escribe Del Noce—, forman una unidad indisoluble. Se ha definido el totalitarismo marxista a través de la érica del sentido de la historia: esto vale para el ateísmo que logra efectivamente unirse a la política. Pero es también totalitario el ateísmo científicista y el ateísmo estético. Es decir, el ateísmo en su rechazo a referir los valores al Valor religioso es llevado coherentemente a la absolutización de un determinado valor, pensado como englobante de los otros, pero en realidad este englobamiento se manifiesta como una pura *negación*. De ahí el nexo que hoy se establece entre la reafirmación religiosa y la reafirmación liberal (“*Il problema dell'ateismo*”).

Del Noce pone bajo el signo del ateísmo y de la aversión a la tradición sea a la sociedad comunista sea a la sociedad opulenta y es aun más severo en su crítica a esta última. A su juicio la filosofía implícita en la sociedad del bienestar es el desarrollo radical de un aspecto del marxismo, el materialismo histórico, que se presenta como un relativismo absoluto, eliminando otro as-

pecto, el dialéctico que tiene algo de religioso en cuanto mira a la liberación de la clase obrera a través de la revolución. "En cambio la sociedad del bienestar no tiene ninguna característica religiosa y por ello es más impía" (*"L'epoca della secolarizzazione"*).

Deber del pensador cristiano y de la Iglesia —y éste es otro tema constante en Del Noce— es el combatir enérgicamente contra las quimeras de la revolución y de la secularización reafirmando los principios y los valores de la tradición y del cristianismo. "La primera condición para que el eclipse (de los valores tradicionales) tenga término es que la Iglesia retome su función no de adecuarse al mundo sino de ser su contestaria". Esta es la fuerte expresión conclusiva del ensayo "*Tramonto o eclisi dei valori tradizionali?*"

Se ha escrito que Del Noce ha sido el *Maritain italiano*. Y en esta afirmación hay mucho de verdad. Por lo demás, Del Noce ha aprendido mucho de Maritain, del que fue uno de los primeros en estudiarlo en Italia. De Maritain ha aprendido la lección de la filosofía cristiana, la temática de la historia y el compromiso político y cultural del cristiano. Pero hay un *pathos* de fondo que distingue netamente a Del Noce de Maritain. Su *pathos* es el inquieto y apasionado de Agustín, mientras que el de Maritain es el *pathos* sereno y contemplativo de Tomás de Aquino.

La fe de Del Noce no es una fe contemplativa, mística como la fe de Tomás, de Buenaventura (y de Maritain), sino una fe militante que sabe insentarse en la praxis y comprometerse en primera persona en los ásperos conflictos contra el error como la fe de Agustín y de Pascal. De esta fe que sabe hacerse praxis, Del Noce ha sido el teórico más profundo de nuestro tiempo. Ha captado mejor que cualquier otro el peso que tiene la cultura en el orden político y se ha comprometido intensamente para lograr que la cultura católica llegue a ocupar los espacios políticos que le corresponden. De ahí sus simpatías por el movimiento Comunione e Liberazione.

Del Noce estaba convencido, como Mounier y como Solzenitzin, de que para salir de la tremenda crisis cultural y espiritual que está atravesando la sociedad contemporánea hay un solo camino: el del Espíritu. La época moderna es la época de las grandes revoluciones, políticas, sociales, industriales, científicas, tecnológicas, económicas. Pero la revolución no puede ser un fin en sí misma ni puede estar puesta al servicio de una ideología porque entonces en lugar de ser instrumento de liberación se convierte (como regularmente ha sucedido) en instrumento de opresión, de esclavitud y de muerte.

La revolución principal y decisiva es solo aquella que toca al mundo del espíritu y es ésta la gran revolución (restauración del orden espiritual) obrada por Jesucristo. Como Mounier y Solzenitzin (pero también como Maritain, Lazzati y otros valientes intelectuales cristianos), Augusto Del Noce ha luchado valerosamente por esta revolución espiritual y moral bajo la bandera de Cristo, para el advenimiento del Reino de Dios en este mundo.